

verdaderas como las profecías de Isaías. Platon sirve á unos padres y Aristóteles á otros padres de la Iglesia. El mas dulce poeta pagano guía al mayor poeta católico por los abismos de nuestros dolores y los círculos de nuestra teología. Bajo el espíritu cristiano, que todo lo cobija con sus alas, puede brotar la Naturaleza exuberante de vida y llevando su calor á nuestros cuerpos enflaquecidos por el ayuno y atormentados por la maceracion y la penitencia. Yo no quiero proscribirme de este mundo que renace. No quiero negarme á ver la hermosura que hay en la violeta esmaltada de rocío, en el nido henchido de vida, en el coro de los universales amores, en la esperanza que brota por todas partes, como la sávia vivificadora en las yemas hinchadas por la primavera. Dejadme, pues,irme por los campos, subir á las montañas envueltas en cendales de nubes, abrevarme como las aves del cielo en las aguas espumosas de los torrentes, sumerjirme, como en reparador baño, en la luz de la luna, bendiciendo á Dios que nos ha concedido correr y movernos por tanta vida, como corren y se mueven los peces por el inmenso Océano.

—Dios mio, dijo Fra Angélico, despues de haber oído la oracion casi pagana de Filippo, préstame tu luz para que pueda iluminar á estos ciegos. Necesitamos que nos acorras con tu gracia al conjurar tantos errores, pues así como no es dable gozar del cielo en la tierra, no es dable tampoco, sino por tu divino auxilio y tus revelaciones, comprender y sentir la verdad entre las sombras de nuestro entendimiento y con los desmayos traídos, á la voluntad por los maleficios del pecado. Preferible es á toda esa fastuosa ciencia, la cándida sabiduría, que ni ve ni oye ni entiende las cosas de este mundo. Regálanos, Señor, con tu inspiracion; condúcenos, como de la mano, á nuestra eterna salud; haz que no oigamos ni entendamos sino tu palabra evangélica; y en el día de la muerte, al pasar de este mundo, júzganos ¡ay! no por la medida que merecen nuestras culpas, sino por la infinita grandeza de tu misericordia.

Cuando llegaba á este punto, se oyó la campana que llamaba al coro y las acompasadas pisadas de los frailes, que acudian al divino llamamiento. Y Fra Angélico se fué rezando las letanias de la Virgen á la Iglesia, mientras Filippo, despues de inclinarse en su presencia profundamente, dejaba el monasterio, y se unia á una legion de alegres jóvenes que iba entonando cantares alegres por las calles de Florencia.

CAPITULO IV

Aquí verá quien leyere que el comerse un vestido de brocado, obliga despues de la digestion, á ceñirse un hábito de estameña.

Ha pasado algun tiempo tras las últimas escenas. Filippo no lleva aquel trage deslumbrador que tanto encantara al portero del convento de San Márcos. Se lo ha comido, no á guisa de raton, sino á guisa de estudiante. Primero ha vendido lo más noble, cituron y espada; despues lo más bello, botones y encages; por último el todo, la veste de brocado, las calzas de grana, y hasta los zapatos de terciopelo. Encerrado por ende en humilde camaranchon, cavila con cavilaciones inacabables, cuyo tema es su adversa suerte, cercana, muy cercana á la miseria. Habia pues por qué y para qué cavilar. Nacido de padres pobres, ofrecieronle, como entonces solia decirse, en oblacion á un convento de carmelitas, donde pasara su infancia con tanto gusto y quietud como el ave en su jaula. Un dia, cierto noble de la familia Pulci, antiguos franceses residentes en Florencia, desde los tiempos de Carlo-Magno, vióle dibujar con tal arte y precision una maceta de rosas en el patio conventual, que lo sacó y se lo llevó consigo para que diera lecciones á su hijo, nacido con vocacion artistica.

El infante noble y el jóven novicio parecian dos hermanos. Pero como aquella Florencia se tumultaba con tanta facilidad, y deshacia las familias más patricias, y llamaba hoy al que proscribia ayer, y tornaba á proscribir mañana al que acudia á su llamamiento; siempre en alteraciones y contiendas, en las cuales precisaba ó matar ó morir, los Pulcis, partidarios de los Rinaldos, dejaron á Florencia en la misma noche en que Filippo jacareaba por aquellas calles, sin que lo advirtiese ¡él! más herido que ninguno otro en aquella catástrofe y más descuidado por tener puestos sentidos y poten-

33202

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edo. 1525 MONTERREY, MEXICO



cias en devaneos y deleites. No habia otro remedio que volver al convento, cosa de todo en todo contraria á sus inclinaciones y á su índole. Para distraerse un poco de aquellas tristezas, leía el buen novicio de los carmelitas su libro predilecto, el Decameron; ó trazaba sobre desvencijada mesa de pino, con un pedazo de lápiz, en retazos de papel, toda la bella desnudez de las mujeres rendidas á sus caricias, cuyas formas contemplaba, despues de haberlas trazado, con tanta admiracion como lascivia. Así es que la idea de renunciar á su libertad, de volver al convento, de profesar para toda su vida con votos dichos por los lábios y por el corazon revocados, le sacaba de tino y le ponía de un humor tal, que se golpeaba el pecho, como si quisiera partírselo en mil pedazos, y se mordía las manos hasta hacerse sangre, como se muerden á sí mismas, cuando no tienen á quien morder, las alimañas hidrófobas.

Y en efecto, aquel hombre era una mezcla estrañísima de inspiracion artistica y de grosero sensualismo. Venido á la vida en el momento en que la naturaleza reivindicaba sus derechos, olvidados por tantos siglos de maceracion y de penitencias monásticas, el calor de tan extraña primavera le abrasaba las carnes y hacia hervir la sangre en sus venas con voluptuosos hervores. A semejante estado del mundo hay que unir su propio temperamento, en que rebosaba la vida y con la vida las pasiones eróticas, como en uno de aquellos ébrios sátiros de los antiguos tiempos y de los antiguos campos. El mundo camina por series continuas de acciones y reacciones. Cuando el sensualismo de la Roma cesárea le disgustó de la vida material, viene aquella accion espiritualista resumida en el Cristianismo que lo llevó al Calvario y á las Catacumbas; que despobló las ciudades y pobló los desiertos; que hizo de un patíbulo un signo de redencion; que arrastró los antiguos epicúreos á las cabernas y las débiles mujeres á las llamas y á las fieras del Circo, así como, tras siglos de ayuno, de penitencia, de oracion, tras vestir sayal y cilicio, escuchar el *Dies iræ* continuo, ver en los aires los ángeles apocalípticos derramando las copas de la ira divina sobre el planeta convertido en nube de humo; tras esta fiebre espiritualista, vino la reaccion, en que la vida material volvió a sobreponerse, y renacieron los dioses, y resucitó la antigüedad, y la Eva maldita se presentó de nuevo desnuda en estatuas hermosísimas hasta dentro del Palacio de los Papas, y el sensualismo penetró en los monasterios y todos sintieron el placer de habitar en los senos de nuestra alma madre la tierra. Filippo Lippi se dejaba arrastrar en la mitad del siglo décimo-quinto por aquella corriente general que convenia á su naturaleza, embebida por completo en la obra del Renacimiento, cuyo más critico instante era aquel instante histórico. Así es que jamás la tendencia de una época y el temperamento de un hombre llegaron á una tan completa conjuncion. Creía en la religion católica y restauraba la religion pagana; tenía fé exaltada en el dogma y escasa, escasisima idea de la moral; estudiaba

3355

la línea antigua y la forma clásica, mas para pintar las vírgenes y los santos y los ángeles, únicas efigies que campeaban en las Iglesias, centro de las artes, y que podian ser adoradas y aun admiradas por el pueblo. Era como su tiempo, se enamoraba sobre todo de la belleza. Pareciase á los jóvenes artistas que llevaban al pecho relicario con retratillo de la mujer amada pintado por ellos; al cuerpo cinturón de plata ú oro por ellos repujado; á la gorra medalla con figurillas por ellos esculpidas y cinceladas; á la mano cítara por ellos fabricada, donde sonaban sonatas de su composicion, para acompañar las propias canciones y los propios conceptos consagrados casi siempre al arte y al amor.

Contemplémoslo breve instante, que bien podemos contemplarlo, pues de todos estos artistas del Renacimiento, nos han quedado numerosos retratos. Con solo verlo un frenólogo de nuestros tiempos hubiera dicho que, entre las tres divisiones del cráneo, la intelectual, la moral, y la animal, esta última aparecía como la más desarrollada, sobre todo, allá al arranque de la nuca, donde residen los indicios del amor material, que junta los opuestos sexos y reproduce y renueva al género humano. La parte moral, estrechada entre el desmedido desarrollo de la nuca y los anchos huesos frontales, revela una índole voluptuosa, pero no perversa, de instintos indomables, de pasiones violentísimas, pero no de refinada maldad. El amor en su más rudimentario concepto le domina, y á la satisfaccion de ese amor desordenado somete todas sus inclinaciones y todos sus instintos. La frente, dura en su nacimiento, se echa hácia atrás, como si buscara la parte posterior del cráneo, á la manera que en su inteligencia busca la idea el absoluto imperio de las sensaciones. Por sus anchos espacios atravesados de prematuras arrugas nótanse la fantasia artística en sus tendencias más plásticas, y la irregularidad de la vida desgarrada por contrarios apetitos. A cada instante se mueve la frente, como si en vez de escudo solidísimo, fuera ligero velo; achaque propio á los caracteres enardecidos por las pasiones. Sus fibras se simbrean y mecén como las plantas parietarias en los altos muros al menor airecillo. Las cejas resaltan prominentes y espesísimas; y si denotan viveza y exaltacion, también denotan lo fugaz de esas exaltaciones, ruidosas, tormentosísimas, huracanadas, pero cambiantes y rápidas. En párpados carnosos, rematados por largas pestañas, se esconden unos ojos grandes como para recoger en su oceánica mirada los colores, y al mismo tiempo superficiales, para no pasar del relieve y forma externa de todos los seres y todas las cosas, como convenia á un pintor naturalista por excelencia. La nariz es por sus dimensiones aguileña, hundida en el entrecejo, y luego larga, aunque en vez de puntiaguda como corresponde á los caracteres finos y diplomáticos, redonda como corresponde á los caracteres abiertos y francos. La boca es carnosa, los lábios gruesos, la barba desmesurada y partida, la oreja grande; las mejillas encendidas; el cuello como el



de un toro; la estatura elevada, las manos largas, los piés breves, reuniendo así todas las inclinaciones que la forma puede dar del alma y revelando á las claras un hombre esencialmente sensual, entregado al dominio de las mas ardientes y mas vulgares pasiones.

En los momentos de su vida que historiamos ahora, grande intranquilidad se habia apoderado de su ánimo, á causa de encontrarse tras un período de placer y descanso en orfandad tan grande, como la que pudo sufrir á la muerte de sus padres. La única persona que le quedaba en el mundo era su tia carnal, Mona Lapacia, cuyo pródigo cariño lo educó y lo sostuvo, mientras la ayudaron las fuerzas, con gran trabajo, hasta el dia nefasto de una enfermedad, por la cual tuvo que enviarlo al convento donde lo ofrecieran sus padres á Dios. Si entonces, que estaba de mejor talante y que era más jóven, con los brazos libres para el trabajo, y la esperanza en flor, no consiguió guardarlo á su lado, menos habia de conseguirlo ahora, enferma, pobre, con la tristeza que inspira el ver una parte considerable de la existencia completamente malograda y cercanas la ancianidad y la muerte. Sin embargo mostró siempre tantos desvelos por él, cuando niño, que todavía aguardaba Filippo algun auxilio, algun recurso, imposible á los profanos y solo fáciles de encontrar por las revelaciones del maternal amor. Mientras tuvo velos de encaje, botones de oro, cintas de plata, retazos de brocado no le dijo una palabra; pero el dia en que, acabado todo, consumido todo con la facilidad, que para acabar y consumir tiene un artista sin trabajo, en tanta oscuridad, aparecieron como estrellas verdaderas los ojos maternales de la mujer á quien habia debido lo que nunca se olvida, los primeros cuidados necesarios á la frágil existencia y á la verdadera iniciación en el mundo. Estaba aguardándola, y leia y releia los cuentos de su escritor favorito, y trazaba dibujos de tanta correccion y audacia juntamente, que algunas veces le maravillaban á él mismo y le distraian de sus penas.

En uno de estos juegos de su lápiz oyó llamar á la puerta de la zahurda y se lanzó á abrir con el corazon henchido, porque su presentimiento le anunciaba que quien llamaba era su tia. Efectivamente, una mujer ya entrada en años, se presentó á la puerta. El traje indicaba bien claramente su clase y su origen. Modestísima redecilla de torzal contenia sus cabellos; corpiño blanco prendido al talle por faja roja se ajustaba á su pecho y á su garganta dejando entrever blanca camisa realzada por algunas bordaduras ligeras; ancha basquiña de lana la envolvía sin más aditamento que un delantal adornado por dibujos rojos y negros hechos á la aguja; y un ramillete de flores naturales pendía al lado del corazon, como acostumbraban las mujeres del pueblo y del campo en la florida Florencia.

—Tia de mi corazon!

—Filippo! ¡Filippo mio!

—¡Gracias á Dios que os vuelvo á ver!  
Una vela tenia puesta á la Virgen de los Remedios de dia y de noche, quitándome el pan de la boca, para que en estas últimas jaranas, tan tristes, no te pasara nada.

—Pues la Virgen ha oido á Vuestra Mercéd, porque aquí me tiene sano y salvo.

—Creí que te alcanzaba el destierro.

—¡Plugiera á Dios!

—¿Qué dices?

—Que casi, casi lo hubiera deseado.

—No repitas esas cosas, cuitado. ¿Dónde hay en todita la tierra otra Florencia?

—Mis señores han sido expulsados.

—¿Y qué te han dejado?

—¿Qué me habian de dejar? Les confiscaron los bienes y no me queda otro auxilio sino la gracia de Dios y el cariño de mi tia.

—Puedes contar conmigo como al irse tus padres de este mundo. Ya sabes que no hubiera querido á un hijo de mis entrañas como te quiero á tí. Ya se vé; eres el retrato de tu padre, mi querido hermano, Pero...

—¿Pero qué?

—Hombre, déjame respirar.

—Perdone, perdone, querida tia, mi impaciencia.

—Siempre el mismo, tan atolondrado, tan aturdido, tan impaciente.

—Si hay sermon, ya puedo despedirme de sacar cosa alguna en limpio.

—No hay sermon. Vamos al grano.

—¡Ay! ¡Ay!

—¿Qué?

—Que no tengo que llevar al diente.

—Ni yo tampoco, ni yo tampoco, hijo mio. Si respiro aún, lo debo á una vecina que de alimentarme se cura.

—Vivo de su caridad y de la divina misericordia.

—Tia ¿qué va á ser de mí?

—Dios nunca abandona á los suyos.

—He vendido mi último trapo. Ya solo tengo estas calzas de hilo y esta ropilla de paño. Ni camisa me queda. La cosa única que salvé del naufragio de los amos, fué un rico traje estrenado el dia mismo de su desgracia y digno de un caballero veneciano. Pero lo he reducido á dinero y el dinero á pan.

—¡A pan! Venme á mí con esas. El que no te conozca que te compre. Hace pocos dias ví pasar por mi oscuro callejon una moza, de garbo en traje bolonés, túnica rozagante de seda, mangas abiertas y prendidas por



pasadores de oro, vuelillos de encaje con preseas, capucha de raso negro caída sobre los hombros y ajustada á la barba con brillantísimo alfiler, zarcillos de perlas á las orejas y á la frente atufadísimo rizos, guiñándome el ojo y sonriéndose, como para decirme que gran parte de lo que llevaba, lo tenía del dinero debido por un sobrino desnaturalizado á su tía, á su segunda madre, abandonada, zaherida.

—¡Vive Baco, que nos hemos lucido! Busquéla, señora, para que me socorriera y no para que me regañara. ¿Qué bruja le ha contado el cuento de la bolonesa? Para bolonesas estamos. Me desesperará Vuesa Merced de suerte que me ahorque.

—Filippino, Filippino mio, repórtate y no te sulfures así.

—Hace una hora que estamos departiendo y todavía no hemos llegado á cosa alguna concreta. Tengo hambre.

—Y yo también.

—Pues nos hemos juntado dos hambrientos.

—Dos hambrientos.

—Que no vamos á tener otro remedio sino comernos uno á otro.

—¡Virgen Santísima! ¡qué majaderías se le ocurren!

—Mire. Yo tenía un palacio ayer y hoy tengo una zahurda; ayer un traje de príncipe y hoy un traje de estudiante; ayer muchas monedas y hoy algunos papeles emborronados, que no querrian ni los ratones; ayer jóvenes bellas y amantes y hoy esta tía desdentada y vieja.

—Mira, no te doy de mojicones, porque todavía no he almorzado y me faltan las fuerzas que necesitaría para castigarte y ponerte la cara como un mapa, perro, puerco, judío. ¿Para eso me llamas, después de no haberte acordado del santo de mi nombre en tu abundancia, para compararme con esas tiachas á quienes tratas y cuyas caras están más sucias que las suelas de mis zapatos? ¡Mónstruo desnaturalizado, capaz de desconocer á tu padre y á tu madre, cuando así desconoces á tu pobre tía, siempre sacrificada á tu cuidado!

Y un sollozo amarguísimo salió del pecho de la pobre vieja, sollozo que acabó por ablandar las entrañas de su descastado sobrino.

—Vamos, tía, perdóneme. No lo volveré á hacer mas, como decía cuando era muchacho. Un beso, madre de mi corazón, un beso, dos ó tres al hijo de sus entrañas, que cuanto dice resulta al cabo pura broma sin ninguna malicia ni intención dañada, ni cosa que lo valga.

—Tunante, has sido mi martirio en este mundo y temo que hasta en el otro me inquietes y me persigas. No te hubiera querido tu madre misma como yo te he querido, corriendo desalada siempre tras de tí.

—Socórrame, querida tía, socórrame.

—Pero ¿cómo quieres que te socorra si no tengo un escudo?

—¿Qué va á ser de mí en esta despiadada Florencia?

—Dios no abandona á los suyos.

—Eso mismo he dicho y repetido yo muchas veces; pero me voy convenciendo, ó bien de que no soy suyo, ó bien de que me tiene completamente olvidado.

—No digas majaderías.

—¡Majaderías y dentro de poco me quedaré desnudo y avergonzado como Adán, después de su culpa! ¡Majaderías y el estómago se me clarea! ¡Majaderías y no me van á querer llevar las piernas! ¡Majaderías y se me debilita, con todas las fuerzas, la fuerza de mi vista! Majaderamente voy a morir.

—Dios siempre le guarda á los suyos algun refugio.

—Pues ¿cuál ha reservado para mí?

—Alguno.

—Dígame cual, porque corro á su seno y no vuelvo á salir: que á roca combatida por los mares y por los vientos se agarrara uno en esta borrasca, en este naufragio.

—Recoge el seso y verás como hay algun amparo.

—¿Dónde?

—En tu asilo natural, en tu casa paterna, en el convento de los Carmelitas.

—¿Qué, qué ha dicho?

—En el convento, en el convento.

—Tía, tía, no me tiente la paciencia, porque pierdo la cabeza y no sé lo que pienso, lo que digo, lo que hago.

—¿Pues qué? no has estado ya allí?

—¡En el convento! ¡yo en el convento! Es como si quisiera encerrar el fuego en un globo de hielo. Es como si le ofreciese á un vivo, en la flor de su edad, en la robustez de su salud, en la época de las ilusiones y de los amores, por toda habitación, el hueco de un sepulcro. No me hable de eso. No quiero oírlo. Antes me vendo por esclavo. Antes me voy al moro. Antes me tomo un veneno y reviento. Yo, que soy la viveza misma, en una regla dura y acompasada. Yo, que gusto de jácaras y diversiones, entonando por todo cantico los maitines. Yo, que necesito moverme, como necesita volar el ave, reducido á cuatro paredes, con una celda tan larga como un ataúd, con muros tan espesos como un panteón, con la soledad y el frío de la muerte. Yo, que amo, que vivo de amar, como de lucir el sol, como de cantar el ruiseñor, como de correr el aire y el agua, como de respirar los seres animados, yo allí condenado al infierno de no amar. El monasterio es una cárcel durísima, bajo cuyos cerrojos no volverá, no, á encerrarse mi alma, libre ya, independiente, con todo el cielo para su idea, con todo el mundo para su corazón. El ave no vuelve al nido que ha dejado, el bruto no vuelve á la madriguera donde ha nacido,